



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



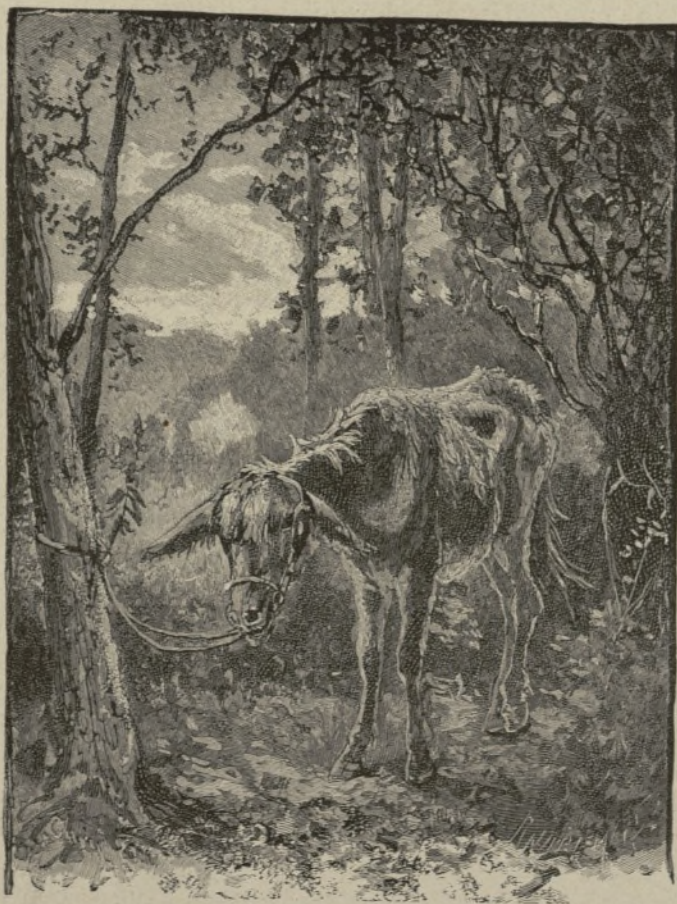
Año II



17 de agosto de 1889



Núm. 94



¡POBRE BURRO!

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

QUÉJASE la gente del gran calor que se deja sentir; y aunque en Barcelona, digase lo que se quiera, es muy tolerable, pues el termómetro no pasa de los 26° ó 27°, con todo, uno se hace cargo de lo que padecen en otras partes con esas temperaturas de 42° á la sombra, verdaderamente excesivas.

Cosa es esa que no tiene ningún remedio como no sea emigrar á países más frescos, á cuya determinación se oponen, sin embargo, los más graves obstáculos, principiando por la falta de metálico (hablo de la inmensa mayoría).

Es de creer que dentro cinco ó seiscientos años los trasportes estarán baratísimos si resulta cierto lo de ese ferrocarril hidráulico que están ensayando en la Exposición Universal, y entonces nada más fácil que irse á pasar una temporadita entre los lapones. Entretanto no hay más que aguantar y pensar que más calor hace en el Africa ecuatorial.

Algunas ciudades, sin embargo, rehaciéndose contra las impertinencias del *ardoroso Febo*, demuestran con sus hechos que nada les importa el calor para hacer cosas buenas; verbigracia, Valencia, que acaba de dar una prueba más del extraordinario sentido artístico que caracteriza á sus moradores llevando á cabo una cabalgata de magnificencia incomparable.

En Madrid desafían también la temperatura estival con preciosas verbenas, costumbre que aplaudo y celebro cordialmente, pues es conservar una de las tradiciones más poéticas que caracterizan á nuestra raza.

Cuanto sea alejar de los teatros á la gente me parecerá siempre meritoria empresa. Una de mis manías consiste en creer que el teatro causa gran daño á las naciones falseando el carácter y obrando por imitación en el sentimiento de los espectadores. Esto sin contar con lo antihigiénico que por punto general suele ser aquella diversión, aunque no fuese más que por lo tarde que acaban las funciones robando horas de sueño.

Y hé ahí el gran manantial de muchos trastornos nerviosos: la falta

de sueño. No sólo comemos mal (generalizo por modestia), sino que dormimos peor, y el sueño es convenientísimo.

Dejémosles decir á los extranjeros: nuestra *siesta* no sólo es agradable, sino útil. Los que observan esta costumbre obran como prudentes y económicos conservadores de su salud. No hay mejor manera de reaccionar contra el exceso de estímulos que no nos dejan sosegar en las horas de vigilia.

El gran ministro inglés Lord Palmerston no dejaba nunca de echar su



Julia

siestecita, á cuyo efecto se iba al Parlamento. ¡Sabia precaución para hacerse impermeable al aguacero de los discursos de los diputados!

¡Cuánto ganarían las naciones con que sus representantes no hicieran otra cosa que descabezar un sueño en el Templo de sus Leyes, y se marchasen luego á dar un paseo por las alamedas de los alrededores!

¡Oh qué gran país sería aquél en que los ministros, los empleados que les siguen en categoría, los diputados, los concejales y los politicastros cesantes estuvieran durmiendo siempre, aletargados, inmóviles, sin dar la menor señal de vida! Creo que hasta que se haya dado con el secreto de hacer dormir á cuantos intervienen en la *res publica* no podrán los pueblos alcanzar la dicha á que aspiran todos.

¡Bismarck hecho un lirón, Boulanger amodorrado, Crispi en estado

comatoso, nuestros Bismarques, Boulangeres y Crispinitos convertidos en marmolillos! ¡Visión paradisiaca! ¡Qué tranquilidad para el infelicísimo contribuyente! ¡Qué alegría para los enemigos de los *documentos parlamentarios*! Sólo estarían ojo avizor los guardias civiles, fuera de cuyo apreciable instituto, me permito encontrar innecesarios los demás resortes gu-ber-na-men-ta-les.

Y allí sería el escuchar á diez y seis millones y medio de españoles parafraseando aquello de

¡Qué duerma, pues, el general!

Pero precisamente esos señores *hombres de Estado* son los que menos se duermen, sino que aun ahora, burlando el calor bochornoso que se deja sentir en la capital, se arriman á los puntos frescos para continuar desde allí sus tareas politicales. ¡No hay que esperar sosiego por su parte habiendo tanta necesidad de no acordarse de sus nombres, siquiera durante los meses sin *erre*!

Eso agrava todavía más el malestar, pues confúndese el zumbido de sus *interviews* con el de los mosquitos; y le parece á uno, cuando corre el mosquitero, que penetra por entre sus mallas *el eco* de las charlamentas que tienen con los *reporters*.

Y hé ahí una gente que no debe tener nunca calor, pues ya se sabe que su carácter más distintivo es la frescura.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





AUREOLAS

CALDERÓN DE LA BARCA

NACIÓ este ilustre ingenio en la villa y corte de Madrid el 17 de enero de 1600. Fueron sus padres D. Diego Calderón de la Barca Barreda y D.^a Ana María de Henas y Riaño. Era el apellido de su padre de esclarecido abolengo, pues desde muy antiguo habían gozado los Calderones de fueros y preeminencias de hijosdalgo en las montañas de Burgos; colocándole además su línea materna entre los más ilustres caballeros de los Países Bajos como descendiente del señor de Mons de Henas, y de los nobilísimos Riaños, infanzones de Asturias.

Desde sus mocedades, sus relevantes condiciones eclipsaron las preeminencias que debía al favor de la fortuna; y, así en el colegio de PP. de la Compañía de Jesús como en la famosa Universidad de Salamanca, las excepcionales dotes de su prodigiosa inteligencia y la admirable flexibilidad de su ingenio le conquistaron el primer lugar entre sus condiscípulos.

Trece años contaba apenas cuando dió muestras ya de la rara precocidad de su entendimiento y la decidida vocación de su ánimo escribiendo *El carro del Cielo*, en cuya producción, dejándose llevar, como en tantas obras, por la corriente del uso, no hizo más que atemperarse al gusto dominante, que huía de toda verosimilitud y buen gusto anteponiéndoles el artificio de un hinchado y pomposo estilo. En 1619 dejó la ciudad de Salamanca, pasando á la corte, en donde continuó dedicándose con creciente aplicación y aplauso al cultivo de las letras, pintando á la sociedad de su tiempo en las comedias *de capa y espada*, si no como un valeroso censor de las malas costumbres, como se atrevió á hacerlo en Francia su contemporáneo Molière, á lo menos como poeta agudo é inspirado retratista. Muy bien ha dicho Martínez de la Rosa, tratando de esta época de la vida de Calderón, que «ya no era pequeña ventaja hacer bajar á la comedia de las nubes, por decirlo así, y enseñarla á andar en terreno llano.»

Dícese que, llegado el año 1625, fué á servir al rey D. Felipe IV en el estado de Milán y en los de Flandes; pero, según se desprende de una *Memoria* publicada por el inolvidable Hartzembusch en 1870, Calderón en 1629 estaba en Madrid, donde se representó *El Príncipe Constante*; lo cual refuta la creencia de que desde 1625 á 1635 permaneciese en Flandes y Milán.

Su teatro se divide en comedias *de capa y espada*, comedias trágicas, comedias religiosas, comedias filosóficas é históricas y autos sacramentales. Cada comedia consta de dos elementos poéticos: el lírico y el dramático, con intercalaciones epopéyicas y didácticas en gran número de ellas. Los personajes principales pertenecen á la aristocracia, y, con raras excepciones, la clase media y la plebe sólo figuran de partiquinos.

No otra cosa había hecho ya su ilustre antecesor Lope de Vega, fénix de

nuestros ingenios. En los autos tampoco hay variación. Pero aquí acaba la semejanza: Calderón supo ser un creador, porque el superior talento que tenía no le consintió jamás la imitación.

Su extraordinario talento le permitió abarcar mejor que Lope los asuntos y concebir ideas más altas; su superior reflexión le permitió comprenderlo todo mejor y darle un carácter general; y la poderosa vehemencia de su fantasía cincelarle con mayor relieve y anegarlo de luz. De ahí que, en su estilo y en la manera de desenvolver la fábula de sus argumentos, se ve desde luego á un águila que los domina, y atrae hacia ellos la atención general, fijándola de un modo portentoso, hasta cumplir lo que se ha propuesto. A veces presenta las ideas más abstractas en filosofía y teología, y á pesar de ello sabe darle una forma escénica que es un modelo. Destácase el propósito del poeta á favor de un raudal de luz que fascina, y el espectador queda dominado cual si contemplara ante él un lienzo animado del gran *Ticiano*.

Aunque en los dramas de Calderón abundan los desafíos y batallas, no debió de ser muy belicoso su carácter cuando en 1651, deponiendo la espada, obtuvo licencia del Consejo de las Ordenes para hacerse sacerdote, compartiendo desde entonces sus horas entre los deberes del culto divino y la más profana de las Musas. Dos años después le agració el rey con una de las capellanías de los señores Reyes nuevos de Toledo; y en 1663, deseoso el monarca de tener en la corte á su poeta favorito, le honró con otra capellanía de honor en su real capilla, amén de otras mercedes con que de continuo le demostró su real aprecio.

En aquel mismo año ingresó Calderón en la Congregación del Apóstol San Pedro, de presbíteros naturales de Madrid, de la cual fué electo capellán mayor en 1666. En todo el tiempo que perteneció á esta corporación no dejó un punto de consagrarse al cultivo de la poesía dramática, como lo demuestra el haber escrito ciento veintidós comedias por sí solo, y siete en colaboración de otros ingenios; hasta que el día de la Pascua de Pentecostés, que fué un domingo, á 25 de mayo de 1681, falleció el gran poeta á la edad de ochenta y un años, de altas distinciones, del aprecio universal de sus contemporáneos y colmado de una gloria que debía propagarse inmortal, como uno de los más esclarecidos maestros de la moderna literatura.

TRINIDAD DE LA ROSA



LOS NIÑOS

(Conclusión)

Lunes, día 6.

Con motivo de haberme ofrecido un cigarrillo, he trabado conversación con mi vecino número 2 de la derecha. Es un excelente riojano que tiene á su costado dos niños, varón y hembra, de cinco y seis años respectivamente. Da gusto verlos comer, manejar el tenedor y limpiarse los labios, sobre todo al niño, que es un hombrecillo en miniatura. No despunta por guapo, pero es un chiquillín muy simpático, muy sesudo, de fisonomía despierta y animada.



Un tribunal de Birmania

Mi mujer me obligó á reparar, el otro día, en la conversación que llevaba con el vecino de enfrente. Habla como una persona mayor, y cuando no entiende una cosa, vuelve á preguntar dos, tres ó cuatro veces, y no para hasta que no se le entera de todo. A su padre le decía, no hace dos mañanas, volviendo de la playa:

—Oye, papá: ¿por qué el agua del mar es tan salada y la que traen las chicas de la fuente no sabe á sal?

Su papá, honradísimo comerciante de Logroño, no acertaba á darle una cumplida contestación, y tuvo que inventar un cuento para acallar la curiosidad excesiva de Ramoncito. Entre las niñas hay una cierta rubia que llaman Clarita, á quien él distingue y obsequia con algún dulce del postre, con alguna concha bonita ó cualquier otra chuchería. Sobre este particular bromeaba un caballero, vecino nuestro de mesa, y le decía:

—Escucha, Ramoncito: francamente, á ti te gusta Clara, y el día menos pensado vamos á tener un disgusto. En cuanto sepa Fermina que te has echado aquí una novia... verás, verás. ¿Vas á dejar á Fermina?

Ramoncillo levantó con fiereza la cara, y dijo resueltamente:

—A Fermina no la dejo yo.

—Entonces ¿cómo vas á componerte con dos novias? ¿Para qué quieres tú á Fermina?

—Á Fermina para casarme con ella.

—¿Y á Clarita?

—Á Clarita para divertirme.

Rióse mucho el caballero con esto; pero lo que hizo más gracia á mi mujer fué la expresión particular y el aire de magna resolución con que lo afirmó.



La Navidad de los pobres

Otra mañana, después del desayuno, le vimos cruzar el jardín y salir al camino en dirección de la playa. Los demás iban delante de las niñas. Ramoncito empuñaba una larga rama sin hojas, y sacudía latigazos á diestro y siniestro, como si fuera montado. Luego, de aquel cuerpecillo menudo salió una voz vibrante y melodiosa como un gorjeo que cantó así:

Que no te peines
que no te peines
á lo torero;
que no te peines,
que no te quiero.

Que no te peines
que no te peines
á lo chulapo;
que no te peines,
que no eres guapo.

Al notar la afinación, la voz y la gentileza del chicuelo, soltamos mi mujer y yo la risa; y ésta, volviendo á mirarme con fijeza, me dijo:—¿Te parece hombre el monigote ese?...

Por mi parte repetí la frase del vecino de mesa, aquel caballero que le suele dar bromas:—En ese chico hay madera para muchas cosas.

Domingo, día 14.

Asomados estábamos al balcón hoy, por la tarde, cuando oímos dar una orden á modo de pregón desde el otro lado de la carretera. La orden la daba el padre de Melitón, que es un diputado de la mayoría, hombre sanguíneo, vivo y de recios puños. Bajamos en seguida la vista y lo comprendimos todo. Un grupo de cinco ó seis chicuelos, á cuyo frente estaba el propio Melitón, habían entrado en un maizal como en terreno conquistado, dando suelta á una borrica que esperaba la carga. Montado sobre la pacífica bestia, Melitón

le azotaba el cuello con una vara, mientras sus compañeros le pinchaban por detrás con cañas y palos, muy decididos á que hubiera un poco de jaleo.



La Navidad
de los pobres

Pero en este crítico momento la orden terminante del diputado les ha aguado la fiesta. Sin embargo, nos ha parecido que, al apearle Melitón de la borrica, les ha hecho un guiño á sus compadres como diciendo: — Otro día será.

Al bajar, al poco rato, al jardín, nos hemos tropezado con el cuadrero compañero de esta escena: una niña de las seis ó siete que jugaban en un corro, acusa á su hermana de haber dicho un pecado, una palabra muy fea. ¿Qué es lo que ella ha dicho? La acusada lo niega, las compañeras se ríen, la mamá interviene en el asunto, pero no consigue apurar la verdad de lo sucedido. Entonces, como mujer algo ligera de mano, les ha sacudido un par de cachetes á cada una. Un chicuelo, que parece mestizo por su color de hoja de tabaco, exclama al ver la cachetina:—¡Bravo! ¡Así me gustan á mí las madres!

Inútil es añadir que, por la oportunidad de la frase, todas las señoras allí presentes no pudieron menos de reírse con muchísimo gusto.

Día 20.

Vivimos como en familia, y, excepto los señores marqueses de Costa y un matrimonio inglés de pura raza, los demás nos tratamos con encantadora

franqueza. Los niños entran en nuestro cuarto como Pedro por su casa. De esto tiene la culpa mi señora mujer, que se emboba con ellos precisamente por eso, por carecer de esta fruta.

Día 23.

Ha llovido copiosamente como acostumbra llover por esta bendita tierra: por norte, por sud, por este, oeste y sudoeste. No parece que el agua cae, sino que la escupen. Los niños no pudieron bajar al jardín ni ir á la playa, y, debido á esta circunstancia, se ha armado en los pasillos y corredos-



La Navidad

de los pobres

res la de San Quintín: una batahola de doscientos mil diablos. Mi pobre mujer se ha puesto mala, gracias á este delicioso tiempo y al infernal ruido de los chicos, que no ha cesado hasta las nueve y media de la noche. ¡Oh! Si no fuese por la jaqueca, ya le hubiese yo dado una bromita:—¡Anda, monísima! ¡Atrévete á cargar con media docena de ellos!

¿Qué diantre pasa aquí? Yo fumo poco, pero mis cigarrillos se acaban y desaparecen como por encanto. ¿Si fumaré mi camarera?

Está visto que mi mujer no ha de escarmentar nunca. Hoy me ha venido con dos monigotitos: dos niños gemelos de tres años, mofetudos, rubios, con las cabezas gordas y las piernas torcidas. Eso sí: los pobrecitos no armarán un escándalo: nunca se les oye una palabra más alta que otra. Si continúan por esta apacible senda serán dos honrados oficinistas de esos de seis mil reales con descuento; y si los tiempos cambiaran, que no cambiarán, dos frailecitos muy guapos. Les hemos obsequiado con unos cuantos caramelos de

verano y se han escapado tan contentos, pero por vergüenza ni siquiera nos dieron las gracias.

Miércoles, día 24.

Á mi mujer le ha debido picar algún mal bicho. Pues ¡no se ha levantado esta mañana con la música de que los niños la ponen de mal humor, triste, aburrida y melancólica!... Otras con tantos hijos y ella con ninguno. ¿No hay para aburrirse? Se encuentra tan sola la pobrecita sin... eso... Dice que va á encargar una novena á Nuestra Señora de las Mercedes, y con ésta será la tercera. ¡Si supiera ella que yo encargaría dos á cualquier santo de mi devoción para no tener ni rastro de... aquello! A fe de Manuel que no me gustan estos encargos; porque... ¡quién sabe!... muchos amenes al cielo llegan.

Esta tarde, al cruzar por el jardín, he visto, en un rincón, debajo de los plátanos, á cuatro zagalotes de nueve á diez años, fumando cigarrillos de papel. Disimuladamente me acerqué al dar una vuelta, y he conocido por el olor que son mis cigarrillos: esos cigarrillos superiores, exquisitos, magníficos, que... Y, naturalmente, por poco que yo fumara habían de menguar. ¡Pilllos! Y aun dice mi mujer que siente... ¡Oh los chicos! Los chicos son peores que las mujeres.

Nada: que nos marchamos al día 25, antes de acabar el mes, porque mi mujer está empeñadísima y no hay otro remedio. El caso es que, con este tiempo tan húmedo y tan endemoniado, yo he cogido un catarro de padre y señor mío. Me convenía guardar un día cama, dejar que pasara este gran temporal de aguas, y, puesto que me concedieron un mes de licencia para descansar de los malos ratos de la oficina... disfrutar aquí el mes entero. ¡Qué menos puede hacer un buen español! Pero nada, á mi mujer no la convencen ni frailes descalzos. Con catarro y todo vuélvase V. al encierro. ¡Oh las mujeres, las mujeres! Las mujeres son peores que los chicos.

Por la copia

JOSÉ M. MATHEU





LOS PÁJAROS

SEÑOR maestro,—decía una tarde, en son de escándalo, un ingenuo y precioso niño, rubio como un ángel, á un discreto y honorable profesor que ya conocen los lectores de EL CAMARADA;—señor maestro: Luisito hizo anoche herejías con un pájaro.

—Y tú eres un soplón,—interrumpió con enojo infantil el acusado.

—Malo es ser soplón,—contestó el maestro entre serio y risueño;—pero es peor hacer herejías, Luisito. ¿Qué hiciste anoche con ese pobre pájaro?

—No era pájaro.

—Sí que era.

—Era un murciélago.

—Y ¿un murciélago no es pájaro, Luisito?—preguntó el maestro.

—No señor: tiene hocico como un ratón, y orejas y uñas como un diablo; y algo de diablo ha de tener, porque si se le arrima un ascua echa blasfemias.

—¡Jesús! ¡Qué niñería!

—¿De veras, señor maestro?

—Lo que de aquí resulta, Luisito, es que le arrimaste tú el ascua al pobre murciélago.

—Para ver si blasfemaba.

—Y ¿blasfemó?

—No se le entendía bien, pero...

—Esa es tu suerte, hijo mío; porque si hubiera blasfemado claramente, habrías sido tú el responsable de sus blasfemias.

—¿Yo?

—Como que le aplicabas el ascua para obligarlo á ello. Pero dejémonos de vulgares supersticiones, puesto que el animalito no hace más que quejarse cuando se le quema, y sabed todos que es una crueldad, que revela en el hombre malos sentimientos, hacer daño á los animales, y muy mas cuando, como los pajaritos, son inofensivos y útiles.

—¿Útiles son los murciélagos?

—Sin duda.

—Pues ¿cómo no salen más que de noche para asustar á la gente?

—No salen para tal cosa, sino porque es su hora, la hora de buscar su sustento.

—Tontos son, porque de noche no pueden ver donde está el grano.

—Los animales noctívagos, Luisito, ven de noche mejor que de día.

—¡Ah!

—Ni buscan ellos grano para su sustento, sino insectos, mosquitos y otros

animalillos alados que tanto molestan al hombre, particularmente de noche. Ya ves cómo los murciélagos son útiles, pues tan buen servicio nos prestan.

Tampoco hacen ningún daño, antes bien mucho beneficio, otros noctívagos mayores, como el buho, la lechuza, el mochuelo, que tan fatídicos parecen al vulgo sólo porque cantan tristemente y buscan las sombras y la soledad: cantan como saben, que no todos han de ser canarios y ruiseñores, y buscan con tanto misterio ratas, ratones, comadreas y otros animalejos nocivos.

Y si estos nocturnos que os asustan, aunque sin motivo racional, merecen consideración y respeto por los servicios que nos prestan, ¿qué diremos... qué dirémos de los diurnos, que alegran el campo con sus trinos? Halagan nuestro oído y prestan iguales servicios; pues salvo la estación de la cosecha, en que hurtan algún grano de trigo, todos los pajarillos son necesariamente insectívoros el resto del año, devorando millones de orugas, lombrices, y toda clase de insectos dañinos al hombre ó á las plantas.

Y, sin embargo, vosotros destruíis gran número de estos inofensivos y útiles pajarillos cogiendo nidos, y...

—Pero no es para atormentarlos,—interrumpió Luisito.

—Pues ¿para qué?

—Para que canten en casa.

—Cantar la libertad perdida es llorar.

—¿También es malo enjaular canarios?

—No es muy bueno.

—Entonces voy á dar libertad al de mi mamá.

—¡Cuidado con eso! El canario de tu mamá no es tuyo.

—Ciertamente.

—Pues déjalo así. Pero no cojas más nidos, ni menos atormentes á los murciélagos.

—Siendo tan útiles los dejaremos en paz, mayormente cuando, según dijo usted, he de responder yo de sus blasfemias.

CECILIO NAVARRO



* NUESTROS GRABADOS *

¡POBRE BURRO!

Los hijos de D. Pedro tenían un burro, del que se utilizaban diariamente para tirar de una tartanita, en la que iban á pasear todas las tardes. El pobre animal, aunque muy entrado en años, mostrábase siempre sumiso; pero á veces era muy reacio, y costaba mucho hacerlo mover de un sitio si se empeñaba en no proseguir su marcha. Cierta día el pobre cuadrúpedo se escapó de la cuadra, y, habiéndole encontrado en el bosque unos mal intencionados, atáronle á un árbol. Cuando sus dueños le hallaron á los tres ó cuatro días, el pobre animal había muerto de hambre.

JULIA

La señorita Julia, niña de ojos negros y cabello rubio, llama la atención por su belleza, y cuando está en el comedor todos la admiran y complácense en oírla hablar, aunque no se entiendan muchas de sus palabras porque las pronuncia muy de prisa.

Una mañana, hallándose con sus padres en el hotel donde éstos se habían hospedado, bajó sola al comedor, y, como si fuera una persona de edad, pidió que la sirvieran el almuerzo. El criado se limitó á ofrecerle una taza de café, pero la niña exigió que le sirvieran de todo; y si su mamá no hubiese llegado en aquel instante, tal vez hubiera cometido alguna imprudencia, exponiéndose á una indigestión.

UN TRIBUNAL DE BIRMANIA

Como se ve, no son por allá los tribunales como son aquí. El atributo de su importancia legislativa y social está en las grandes sombrillas que sostienen los alguaciles. El falso testimonio es penado allí con las más terribles penas.

LA NAVIDAD DE LOS POBRES

El día de Navidad celébrase en Dublin (Irlanda) una gran fiesta para los niños pobres, ó, más bien, se les obsequia con un suculento banquete costeado por las familias ricas. El año último se reunieron con este objeto unos ochocientos párvulos, muchos de ellos muy andrajosos; pero ocultaban sus harapos bajo largos delantales de distinto color, según la escuela á que el párvulo pertenecía. Se arreglaron largas mesas estrechas, y sirviéronse los manjares en abundancia; de modo que cada cual pudo comer cuanto quiso.

Después del banquete, una señora regaló algún objeto útil á cada cual de los niños ó niñas, y todos se retiraron contentísimos de aquella fiesta, que todos los años constituye para ellos un verdadero acontecimiento.

BUENOS SENTIMIENTOS

Alicia contaba apenas siete años; mas, á pesar de su corta edad, era muy formal y juiciosa, distinguiéndose sobre todo por sus buenos sentimientos. Una tarde, hallándose asomada á la ventana, vió pasar á un pobre anciano á quien dos chicos perversos arrojaban bolas de nieve impunemente, pues el hombre no podía andar sin dificultad.

Exasperada ante aquel espectáculo, y sobre todo al observar que los muchachos se reían de las reprensiones del anciano, Alicia salió de su casa sin decir nada á su mamá, y, dirigiéndose hacia los chicos, reprendióles tan severamente que aquéllos se retiraron avergonzados.

Al día siguiente la mamá de Alicia recibió un paquetito que contenía un juguete con una tarjeta que decía: «En pago de la lección.—Tomás y Ricardo.»



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Peró Jaime no podía contenerse ya, y sollozó por largo tiempo cerca del pozo de Ruth.

Bernardo tenía razón: el viejo médico que Jaime fué á ver en su inquie-



Buenos
sentimientos

tud, y que había conocido á Bernardo toda su vida, no hizo sino confirmar las palabras del niño.

—Lo temo desde hace largo tiempo,—dijo;—es tiempo ya de que su hermana lo sepa.

Jaime era de este parecer. No sabía cómo decírselo á Ruth; pero era por amor á Bernardo, y eso le dió valor.

El tiempo y el lugar fueron singularmente elegidos, como todo lo que hacía el pobre Jaime. Fué en la grande avenida de olmos en que Ruth y él jugaban cuando eran niños. Detúvola allí al dirigirse ella al anochecer á la vecina iglesia.

Hablóla con toda la ternura de una mujer junto con la franca sencillez que le era propia; pero lo que dijo, ó como le escuchó Ruth, nunca Jaime lo supo fijamente. Por fin, se acabó y volvióse á su quinta de las montañas, roto casi el corazón. Por mucho tiempo no pudo dejarle el recuerdo de la mirada y de la voz de Ruth.

Cuando Bernardo llegó á su casa aquella noche, encontró á su hermana que le esperaba. No le dijo nada ella, pero Bernardo la miró y comprendió que su hermana lo sabía todo. Cogióle ella en sus brazos y le estrechó fuertemente contra su corazón. Durante muchos instantes guardaron ambos silencio.

—¡Ruth!—dijo por fin con tono inquieto.

—¡Hijo mío! ¡Mi bien amado!—murmuró Ruth con voz ahogada.



Buenos sentimientos

Bernardo apoyó su cabeza en el hombro de su hermana exhalando un largo suspiro. No tenía nada que ocultar.

—Bernardo, ¿eres feliz?—preguntó Ruth al cabo de un instante.

—Completamente... completamente feliz ahora. ¿Y tú, Ruth?

Trató ella de sonreírse, atrajo de nuevo la cabeza de su hermano sobre su hombro, y dióle, temblando, un largo beso. Así permanecieron hasta que se hubo extinguido el fuego. Débil y fatigado, durmióse Bernardo en el regazo de Ruth, y ella permaneció inmóvil, esforzándose en resignarse.

Durante algún tiempo continuó todavía asistiendo Bernardo á la *capilla* de la catedral, porque su médico decía que perdería más pronto sus fuerzas si se le arrebatara la gran felicidad de su vida. Su

voz había conservado toda su dulzura, por más que hubiese perdido mucho en potencia. Cantaba raramente en la antifona, pero sentíase dichoso al encontrarse en su puesto y al juntarse á los largos *amén*.

El día de Navidad fué el último en que cantó. Parecía haberle vuelto toda su fuerza al entonar *Gloria in excelsis Deo*. La catedral estaba llena de fieles, y la voz argentina del niño parecía remontarse hasta el cielo.

La noche estaba perfectamente tranquila y la nieve cubría la tierra cuando Bernardo salió de los maitines. Detúvose un instante en la entrada del coró y miró detrás. Algunas luces brillaban como estrellas á lo largo de la nave, semisumergida en las tinieblas. El órgano tocaba suavemente mientras el concurso se dispersaba, y los *eccs* del cántico *Pax hominibus bonæ voluntatis* resonaban aún en los grandes arcos. Bernardo se alejó lentamente.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371. BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA